

EL DESIERTO EN EL NUEVO TESTAMENTO

SILVIO JOSÉ BÁEZ, OCD

El desierto¹ es un lugar real que pertenece a la geografía histórica del pueblo de la Biblia. Un lugar inhóspito y peligroso, una *'eres g^ezerah*, "una tierra arrancada" (Lv 16,22), es decir, separada radicalmente del mundo vital destinado a los hombres². Por esta razón en las tradiciones religiosas del pueblo bíblico el desierto ha asumido un claro valor simbólico. Evoca el largo camino de Israel hacia la Tierra Prometida y es símbolo de la experiencia histórica del exilio, precisamente a causa de la pérdida de la tierra y de la muerte de una gran parte de la población. No obstante su carácter eminentemente negativo, el desierto es también el lugar en el cual se revela al hombre una verdad esencial. Precisamente allí, donde no existen medios adecuados para subsistir, en medio de la pobreza y de la indigencia, en la experiencia límite de los propios recursos, Dios se hace presente a través de signos modestos pero eficaces. Esta es la paradoja del desierto bíblico. Es un lugar de muerte, en el que Dios se revela y hace posible la vida. (Dt 8,1-5; 1 Re 19,4-6; Os 2,6; Is 40,3; Jer 31,2).

¹ Cf. G. KITTEL, "erēmos, erēmía, erēmoō, erēmōsis", *Theologisches Wörterbuch zum Neuen Testament*, II, pp. 654-657; W. RADL, "erēmos", *Diccionario exegético del Nuevo Testamento*, Salamanca 1976, pp. 1576-1578; O. BÖCHER, "erēmos", *Diccionario teológico del Nuevo Testamento*, Salamanca 1990, pp. 27-30; A. BONORA, "Desierto", *Nuevo Diccionario de Teología Bíblica*, Madrid 1990; G. PELLICCIA - R. LACK - S. FIORES, "Desierto", *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, Madrid 1991; W. SCHMAUCH, *Orte der Offenbarung und der Offenbarungsort im Neuen Testament*, Göttingen 1956, pp. 27-47; R.W. FUNK, "The Wilderness", *Journal of Biblical Literature* 78 (1959) 205-214; S. TALMON, "Wilderness", *The Interpreter's Dictionary of the Bible*. Supplementary Volume, Nashville 1984, pp. 946-947.

² Cf. S. TALMON, "Wilderness", p. 946.

En el Nuevo Testamento el ambiente predominante no es el desierto. Para los mismos esenios de Qumrán, que tenían su comunidad en las áridas zonas cercanas al Mar Muerto, el desierto no era el espacio ideal y definitivo ni representaba un fin en sí mismo, sino solamente un medio, una especie de rito de paso y de purificación hacia los últimos tiempos. Ni siquiera Juan Bautista, que probablemente mantuvo algún contacto con Qumrán, propone una mística del desierto. Él no invita a nadie a retirarse al desierto, sino que invita a cada uno a volver a su propio trabajo después de la confesión de los propios pecados y del rito del bautismo (Lc 3,10-14). Los evangelios son concordes al afirmar que Jesús, al inicio de su ministerio, abandona las regiones desérticas cercanas al Jordán y se dirige a Galilea (Mc 1,14; Mt 4,12; Lc 4,14). No permanece en el desierto. Su figura es la de un predicador itinerante. La mayor parte de su ministerio lo desarrollará en torno al Lago de Genesaret, ordinariamente rodeado de mucha gente, caminando por aldeas y pueblos (Mc 6,6b; Mt 9,35) e, incluso, incursionando en territorio pagano (Mc 7,24.31).

Con el presente estudio nos proponemos mostrar las características fundamentales con las cuales el Nuevo Testamento hace referencia al desierto y descubrir su valor teológico y espiritual.

1. OBSERVACIONES DE CARÁCTER LEXICOGRAFICO

El Nuevo Testamento designa el desierto con los términos sinónimos *érēmos*³ y *erēmía*⁴. El término *érēmos* aparece 48 veces, de las cuales 27 en los evangelios sinópticos⁵, 5

³ En la versión griega de los LXX *érēmos* traduce siempre el término hebreo *midbar* (cf. R.W. FUNK, "The Wilderness", 206).

⁴ Teniendo en cuenta que el sentido fundamental de estos términos en general evoca regiones deshabitadas, se les puede considerar emparentados semánticamente con la palabra *ánydros*, "lugar sin agua, seco, árido" (Mt 12,43; Lc 11,24; 2 Pe 2,17; Jud 1,2).

⁵ Mt 3,1.3; 4,1; 11,7; 14,13.15; 23,28; 24,26; Mc 1,3.4.12.13.35.45; 6,31.32.35; Lc 1,80; 3,2.4; 4,1.42; 5,16; 7,24; 8,29; 9,12; 15,4.

en el evangelio de Juan⁶, 9 en los Hechos de los Apóstoles⁷, 2 en las cartas paulinas⁸, 2 en la carta a los Hebreos⁹ y 3 en el Apocalipsis¹⁰. El término *erēmía*, se encuentra sólo 4 veces¹¹.

El término *érēmos* aparece solamente en dos ocasiones identificado geográficamente: “el desierto de Judea” (Mt 3,1) y “el desierto del monte Sinaí” (Hch 7,30). En ambos textos designa una zona desértica relativamente extensa de la geografía bíblica. Se distingue claramente de la *pólis*, de la ciudad, en Jn 11,54. Es utilizado con función adjetival, con el sentido de “desolado, deshabitado”, para calificar personas (Gal 4,27: una mujer abandonada) o determinados espacios (Mt 23,38: una casa abandonada; Hch 1,20: un predio deshabitado; Hch 8,26: un camino desierto). Con esta misma función aparece en 9 ocasiones calificando a *tópos*, formando el sintagma *érēmos tópos*, “lugar desierto o solitario” (Mt 14,13.15; Mc 1,35.45; 6,31.32.35; Lc 4,42; 9,12)¹².

En oposición a *érēmos tópos* aparecen las siguientes palabras: *kōmē*, aldea (Mt 14,15; Mc 6,36); *kyklō ágrous*¹³, caseríos de alrededor (Mc 6,36); *kyklō kōmas kai ágrous*, pueblos y caseríos de alrededor (Lc 9,12). También el término *erēmía* se distingue claramente de la *pólis*, de la ciudad (2Cor 11,26; cf. Jn 11,54).

Podemos concluir que *érēmos*, *érēmos tópos* y *erēmía* designan una región deshabitada más o menos extensa, con es-

⁶ Jn 1,23; 3,14; 6,31.49; 11,54.

⁷ Hch 1,20; 7,30.36.38.42.44; 8,26; 13,18; 21,38.

⁸ 1Cor 10,5; Gal 4,27.

⁹ Hb 3,8.17.

¹⁰ Ap 12,6.14; 17,1.

¹¹ Mt 15,33; Mc 8,4; 2 Cor 11,26; Hb 11,38.

¹² Según R.W. Funk, probablemente el sintagma *érēmos tópos* se comenzó a utilizar como una alternativa al sustantivo *érēmos*, el cual había adquirido connotaciones geográficas bien definidas (cf. “The Wilderness”, 213).

¹³ El término *ágros*, campo, en plural designa normalmente las zonas pobladas en donde la gente se dedica a la agricultura.

casa vegetación y separada de los centros urbanos. En los otros casos en donde *érēmos* es utilizado como adjetivo, a excepción de Gal 4,27 en donde adquiere el significado de “abandonada”, se pone de manifiesto la cualidad de ser o quedar deshabitado.

Teniendo en consideración que el valor semántico fundamental de *érēmos* y de *erēmía* es el de ser una región deshabitada, resultan significativos los textos en los que se hace referencia a una permanencia más o menos prolongada en el desierto. En el desierto se camina sin rumbo fijo (Hb 11,38), se puede subsistir por cierto tiempo (Mc 1,13; Lc 1,80), pero sobre todo en el desierto se puede encontrar la muerte (Jn 6,49; 1Cor 10,5). El desierto puede convertirse en un espacio de presencia divina (Lc 4,1; Hch 7,44), se puede permanecer en él durante cierto tiempo como preparación a una misión (Lc 1,80), pero también puede llegar a ser un lugar de tentaciones (Mc 1,13) o de sutiles engaños mesiánicos (Mt 24,26). En la mayoría de los casos la permanencia se indica con el verbo ser o estar, pero también se puede utilizar el verbo *plānāō*, vagar, que indica una permanencia en constante movimiento (Hb 11,38), o verbos como *apothnēskō*, morir (Jn 6,49), *piptō*, caer (Hb 3,17), y *katastrōnnymi*, quedar tendidos, (1Cor 10,5), que expresan la acción de morir como permanencia definitiva.

En la siguiente tabla mostramos los textos en los que *érēmos* aparece en relación con verbos que indican permanencia:

TEXTO	PERMANENCIA + DESIERTO	QUIÉN PERMANECE EN EL DESIERTO	ACCIÓN
Mc 1,13	<i>ēn + en tē erēmō</i> (estuvo en el desierto)	Jesús	Llevado al desierto por el Espíritu
Lc 1,80	<i>ēn + en tais erēmois</i> (estaba en los desiertos)	Juan Bautista	Vivió allí hasta antes de presentarse a Israel
Mt 24,26	<i>estín + en tē erēmō</i> (está en el desierto)	El Hijo del Hombre	Anuncio de una falsa revelación
Hch 7,44	<i>ēn + en tē erēmō</i> (estaba en el desierto)	La Tienda del Testimonio	Presencia divina
Hb 11,38	<i>planōmenoi + epi'erēmias</i> (vagaban por el desierto)	Los justos del Antiguo Testamento	Sufrían persecuciones y dificultades
Lc 4,1	<i>ēgeto + en tē erēmō</i> (era conducido en el desierto)	Jesús	Conducido por el Espíritu en el desierto
Jn 6,49	<i>apēthanon + en tē erēmō</i> (murieron en el desierto)	El pueblo del Antiguo Testamento	Morir
1 Cor 10,5	<i>katestrōthēsan + en tē erēmō</i> (quedaron tendidos en el desierto)	El pueblo del Antiguo Testamento	Morir
Hb 3,17	<i>épesen + en tē erēmō</i> (cayeron en el desierto)	El pueblo del Antiguo Testamento	Morir

Del anterior análisis se puede deducir que en el Nuevo Testamento el desierto tiene un carácter enigmático y no se presenta como lugar de residencia definitiva. En él se puede revelar la presencia del Absoluto, pero también puede ser espacio en el que se esconde el engaño y se enfrenta la tentación; es un lugar en el que la vida y la misión pueden aquilatarse, pero también un sitio de peligros y de muerte.

Dado que el desierto no es un espacio para vivir en modo permanente, resultan significativos los verbos que se utilizan para indicar el movimiento hacia el desierto. Pueden ser verbos formados con el sufijo *ek-*, que indica la acción de salir (Mc 1,12; Mt 11,7; Lc 7,24; Hch 21,38), o verbos que describen acciones que suponen una cierta violencia como “empujar” (Lc 8,29) o “sacar” (Mc 1,12), o bien que indican premura como “huir” o “volar” (Ap 12,6.14). Cuando se indica el sujeto que produce la acción, volvemos a encontrar el carácter paradójico y enigmático del desierto, pues tales sujetos pueden ser el Espíritu (Mc 1,12; Mt 4,1; cf. Lc 4,1), un ángel (Ap 17,3), implícitamente Dios mismo (Ap 12,6.14), el demonio (Lc 8,29) o una voluntad humana violenta (Hch 21,38). La ambigüedad del desierto se percibe también cuando el sujeto que “sale” al desierto es un grupo de personas, pues tal salida puede ser la ocasión para poder constatar la presencia divina (Mt 11,7; Lc 7,24; cf. Ap 17,3) o para ser víctima de falsos mesianismos (Mt 24,26; Hch 21,38). En los dos textos del Apocalipsis en los que la Mujer simboliza a la comunidad cristiana, el desierto es el ámbito en el que se experimenta la providencia y la cercanía divina en medio de las dificultades de la historia (Ap 12,6.14).

	MOVIMIENTO	HACIA EL DESIERTO	QUIEN LLEVA AL DESIERTO	QUIEN VA AL DESIERTO
Mc 1,12	<i>ekbállei</i> ¹⁴ (sacar)	<i>eis tēn érēmon</i>	El Espíritu	Jesús
Mt 4,1	<i>anēchthe</i> (ser llevado)	<i>eis tēn érēmon</i>	El Espíritu	Jesús
Mt 11,7 (par. Lc 7,24)	<i>exēlthate</i> (salir)	<i>eis tēn érēmon</i>	-	El pueblo
Mt 24,26	<i>mē exēlthete</i> (no salir...)		-	El pueblo
Lc 8,29	<i>ēláuneto</i> (empujar)	<i>eis tas erēmous</i>	El demonio	El endemoniado de Gerasa
Lc 5,16	<i>hypochōrōn</i> (retirarse)	<i>en tais erēmois</i>	-	Jesús
Hch 21,38	<i>exagagōn</i> (hacer salir)	<i>eis tēn érēmon</i>	Un terrorista	Cuatro mil personas
Ap 12,6	<i>éphygen</i> (huir)	<i>eis tēn érēmon</i>		La Mujer (Iglesia)
Ap 12,14	<i>pētētai</i> (volar)	<i>eis érēmon</i>	(Dios)	La Mujer (Iglesia)
Ap 17,3	<i>apēnegken</i> (ser trasladado)	<i>eis érēmon</i>	Un ángel	(El autor del Apocalipsis)

De los datos anteriores se puede concluir que el movimiento que conduce al desierto debe ser objeto de discernimiento, tanto en las motivaciones que animan el desplazamiento, como en las acciones que se pueden o deben realizar en el desierto.

Por eso es importante conocer la diversidad de acciones que el Nuevo Testamento pone en explícita relación con la permanencia en el desierto. Se pueden establecer dos grandes grupos semánticos: acciones que tienen a Dios como sujeto y acciones que tienen al hombre como sujeto.

¹⁴ En la tabla están indicados con negrita los verbos formados con el sufijo *ek*.

En el *campo semántico del obrar divino* solamente en una ocasión se menciona explícitamente a Dios como sujeto de la acción (Hch 13,18), mientras en los otros casos la acción se atribuye a una mediación divina: la palabra de Dios (Lc 3,2) o los ángeles (Mt 4,11; Mc 1,13; Hch 7,30.38). Las acciones descritas son de tres tipos: de revelación (Hch 7,30.38); de providencia o cercanía divina (Mt 4,11; Mc 1,13; Hch 13,18) y de condenación (Hb 3,10). Mostramos los textos en la siguiente tabla:

	VERBO UTILIZADO	SUJETO	ACCIÓN QUE SE DESCRIBE
Lc 3,2	<i>gínomai</i> (suceder, acontecer)	La palabra de Dios	Se le reveló la palabra de Dios a Juan Bautista en el desierto
Mt 4,11	<i>diakonéō</i> (servir)	Los ángeles	Los ángeles se ponen a servir a Jesús después de las tentaciones en el desierto
Mc 1,13	<i>diakonéō</i> (servir)	Los ángeles	Los ángeles servían a Jesús en el desierto
Hch 7,30	<i>horáō</i> (aoristo pasivo) (dejarse ver, aparecerse)	Un ángel	Un ángel se le apareció a Moisés en el desierto
Hch 7,38	<i>laléō</i> (hablar)	Un ángel	Un ángel le habló a Moisés en el desierto
Hch 13,18	<i>trophophoréō</i> ¹⁵ (cuidar de)	Dios	Dios cuida a su pueblo durante el camino por el desierto
Hb 3,10	<i>prosochthízō</i> (enojarse)	Dios	Dios se irrita con el pueblo a causa de su dureza de corazón

¹⁵ El contexto del capítulo 7 de los Hechos, en donde se recuerda el camino de Israel por el desierto en manera positiva, hace preferible el verbo *trophophoréō* ("nutrir, cuidar de"), atestiguado por algunos manuscritos menores, y no *trophophoréō* ("tolerar, soportar con paciencia"), aunque esté mejor atestiguado (Códices Sinaítico, Alejandrino, Vaticano y Texto Occidental). Es posible que en la construcción *trophos* + *pherō* se haya querido explícitamente evitar, por eufonía, la sucesión de dos *ph* (cf. G. Rossé, *Atti degli Apostoli*. Commento esegetico e teologico, Roma 1998, p. 508).

En el *campo semántico del obrar humano* se pueden establecer cuatro subgrupos: el grupo semántico del comer, del hablar, del riesgo y de la experiencia de Dios.

En el grupo semántico del comer encontramos tanto la afirmación de la acción (comer, ser alimentado) como la negación de la misma (no comer, ayunar, pasar hambre). En el grupo semántico del hablar aparecen verbos que expresan anuncio en voz alta (gritar, proclamar). En el grupo semántico del riesgo resalta el vocabulario de la tentación y de los peligros y en el de la experiencia de Dios diversos verbos que expresan acciones con las cuales el hombre experimenta la acción de Dios o realiza sus designios.

- Campo semántico del “comer”

TEXTOS	ACCIONES
Mc 8,8; Mt 15,37; Jn 6,31; 6,49; 1 Cor 10,5	Comer (<i>esthíō</i>)
Lc 4,2	No comer (negación de <i>esthíō</i>)
Mt 4,1	Ayunar (<i>nēsteuō</i>)
Mt 4,1	Pasar hambre (<i>peināō</i>)
Ap 12,6.14	Nutrir (<i>tréphō</i>)

En los textos en los que se expresa positivamente la acción de comer, se trata siempre de recibir el alimento, ya sea de parte de Dios o de parte de Jesús. A causa de la condición árida e inhóspita del desierto, en él no es posible comer. La única posibilidad de comer y, por tanto, de sobrevivir, es pasar a través de la experiencia de “ser alimentados” por Dios.

- Campo semántico del “hablar”

TEXTOS	ACCIONES
Mc 1,3; Mt 3,3; Lc 3,4; Jn 1,23	Gritar (<i>boáō</i>)
Mc 1,4; Mt 3,1; cf. Lc 3,7ss	Proclamar (<i>kēryssō</i>)

El desierto, por ser un espacio deshabitado, es por naturaleza silencioso y, por tanto, es un ámbito en especial relación con la muerte¹⁶. Paradójicamente, sin embargo, justamente en el desierto resuena poderosamente la palabra de Dios a través de la palabra profética, que proclama desde el lugar del absoluto silencio una palabra de vida y de salvación destinada a toda la sociedad¹⁷.

TEXTOS	ACCIONES
Mc 1,13; Mt 4,1; Lc 4,1	Ser tentado (pasivo de <i>peirázō</i>)
Hb 11,38	Vagar errantes (<i>planáō</i>)
2 Cor 11,26	Pasar peligros (<i>kíndynos</i> , peligro)

En todos los textos de este campo semántico el sujeto de los verbos es siempre un personaje humano que se encuentra en el desierto a causa de su fe, como los justos del Antiguo Testamento (Hb 11,38), o a causa de su misión, como Jesús (Mc 1,13; Mt 4,1; Lc 4,1) o san Pablo (2 Cor 11,26).

- Campo semántico de "la experiencia de Dios"

TEXTOS	ACCIONES
Mc 1,4; Mt 3,1	Aparece (<i>gínomai</i>) un profeta
Mt 11,7; Lc 7,24	Ver (<i>theáomai</i>) a un profeta
Lc 5,16	Orar (<i>proséuchomai</i>)
Hch 7,31	Escuchar la voz del Señor (<i>phonē kyríou</i>)
Hch 7,36	Realizar (<i>poiéō</i>) prodigios (cf. Jn 3,14)
Hch 7,38	Recibir palabras de vida (<i>lógia zōnta</i>)

¹⁶ Sobre el significado mortal del silencio en la Biblia, cf. S.J. BÁEZ, *Tiempo de callar y tiempo de hablar*. El silencio en la Biblia Hebrea, Roma 2000, pp. 34-35; 43; 69-70; 71-72; 199.

¹⁷ Cf. J. MATEOS - F. CAMACHO, *El evangelio de Marcos*. Análisis lingüístico y comentario exegético, Madrid 1993, pp. 59; 65.

Jesús se retiraba a lugares desérticos para orar (Lc 5,16); Moisés escuchó al Señor en el desierto (Hch 7,31.38) y realizó prodigios en favor del pueblo (Hch 7,36; Jn 3,14); en el desierto aparece Juan Bautista como profeta precursor del Mesías (Mc 1,4; Mt 3,1). Según Jesús, la gente que ha salido al desierto para escuchar a Juan Bautista, no ha encontrado “una caña movida por el viento”, sino que ha “visto” a un profeta (Mt 11,7; Lc 7,24), que con su firmeza y su vida ascética era verdadero signo de Dios para sus contemporáneos. El desierto, silencioso, árido y mortal es descrito, por tanto, como espacio de revelación de la palabra y del poder de Dios.

2. CUATRO PERSPECTIVAS DEL DESIERTO

El Nuevo Testamento presenta el desierto desde cuatro perspectivas: el desierto de Israel en el Antiguo Testamento, el desierto de Juan Bautista, el desierto de Jesús y el desierto de la comunidad eclesial.

El desierto de Israel no es sólo cronológicamente anterior a los otros, sino que se convierte en paradigma fundamental para la elaboración teológica del concepto. La experiencia de Israel que camina hacia la tierra prometida, asaltado continuamente por la nostalgia de la tierra de la esclavitud dejada atrás, por la duda y el temor de un futuro que no conoce y muchas veces olvida, pero al mismo tiempo descubriendo la presencia discreta pero vivificante y eficaz de Dios, será ejemplar para el camino de Jesús y de la Iglesia. El desierto de Israel culmina con la presencia de Juan Bautista, que aparece como profeta en el desierto de Judea anunciando la llegada del Mesías.

Jesús, el Mesías e Hijo de Dios, va al desierto después de recibir el bautismo, para recrear el camino de Israel y con su fidelidad inquebrantable al Padre vencer las insidias del Maligmo. La experiencia de Jesús en el desierto es mucho más que un simple dato cronológico de su vida. Es una auténtica prolepsis de su pasión, muerte y resurrección, cuando definitivamente entrará en el desierto último, allí donde se caen todos los apoyos humanos y se experimenta el terror del final absoluto. Como al inicio de su ministerio, también en este momento decisivo, que Lucas llama “la hora del poder de las tinieblas” (Lc 22,53; cf. Jn 13,2.27), Jesús sale vencedor como Mesías e Hijo de Dios.

También la Iglesia está llamada a vivir la experiencia desconcertante del desierto. Será su verdad esencial comprender y experimentar que en medio de la precariedad y el límite de sus fuerzas, se manifiesta la fuerza y la providencia del amor de Dios.

2.1 *El desierto de Israel en el Antiguo Testamento*

En diversas ocasiones el Nuevo Testamento evoca los eventos del éxodo y del camino de Israel en el desierto con el fin de iluminar el misterio de Cristo y de la Iglesia¹⁸.

La elaboración teológica más completa de este tipo de lectura es seguramente la reflexión paulina de 1Cor 10,1-13¹⁹. Pablo llama a los israelitas “nuestros padres” (v. 1) y hace una lectura tipológica²⁰ de la historia del éxodo y del desierto la cual, no obstante las continuas acciones salvadoras de parte de Dios, terminó en la muerte de la gran mayoría del pueblo. Para Pablo la época del desierto fue tiempo y espacio de revelación y de salvación, pero, al mismo tiempo, fue historia de rebelión y de pecado de parte de Israel²¹. En el desierto se puso al descubierto la verdad de Dios y la verdad del pueblo.

¹⁸ Jn 3,14; 6,31.49; Hch 7,30.36.38.42.44; 1Cor 10,5; Hb 3,8; 3,17

¹⁹ Cf. G. MARTELET, “Sacraments, figures et exhortations in I Cor X, 1-11”, *Recherches des Sciences Religieuses* 44 (1956) pp. 323-359; 515-559; A. FEUILLET, “L’explication ‘typologique’ des événements du désert en 1 Co X, 1-4”, en A. FEUILLET, *Le Christ Sagesse de Dieu*, Paris 1966, pp. 87-111.

²⁰ La interpretación tipológica se distingue de la alegórica en que esta última no respeta la historicidad del Antiguo Testamento. En 1Cor 10,1-5 Pablo parte del presente y evoca el lejano pasado como paradigma y ejemplo, ilustrando las grandes líneas dinámicas que sostienen la historia de la salvación ayer y hoy (cf. G. BARBAGLIO, *Le Lettere di Paolo*, vol. 1, Roma 1980, p. 413).

²¹ Se repite cuatro veces el término “todos”, con el que se designa a los beneficiarios de los prodigios divinos (vv. 1-4), para poner de manifiesto que la experiencia salvadora estaba destinada a la totalidad del pueblo. Al mismo tiempo se afirma que, a causa de la rebelión y del pecado, no todos pudieron gozar del don divino: “la mayoría de ellos no fueron del agrado de Dios, pues sus cuerpos quedaron tendidos en el desierto” (v. 5).

El camino de Israel en el desierto no es sólo profecía y anticipación del camino de la Iglesia, sino que también ofrece una rica lección espiritual para los cristianos. Para san Pablo el camino de Israel en el desierto es un paradigma del camino cristiano. El paso del mar es figura del bautismo, el don del maná de la eucaristía. Por eso Pablo puede concluir diciendo: “Estas cosas sucedieron en figura (*typos*²²) para nosotros para que no codiciemos lo malo como ellos lo codiciaron” (v. 6); “todo esto les acontecía figurativamente (*ty-pikōs*), y fue escrito para aviso de los que hemos llegado a la plenitud de los tiempos” (v. 11). La comunidad cristiana deberá vivir su fe caminando día a día con fidelidad al Señor, evitando la tentación de la idolatría, la seducción del pasado y la ilusión de creer ingenuamente que ha alcanzado de una vez para siempre la salvación.

La Carta a los Hebreos evoca el camino de Israel hacia la tierra prometida citando largamente el Salmo 95 (Hb 3,7-19)²³. Se hace un juicio fuertemente negativo de aquella experiencia a partir del episodio de Meribá, cuando el pueblo dudó del Señor (Hb 3,8; cf. Ex 17,1-7; Nm 20,2-13), un evento que se volvió emblemático con relación a todo el camino del desierto y que reveló en modo evidente la incredulidad y la infidelidad del pueblo liberado de la esclavitud de Egipto. Al recuerdo de Meribá se añade la rebelión del pueblo narrada en Num 14, cuando los israelitas, invitados por Dios a entrar y tomar posesión de la tierra se acobardan y rehúsan, por lo que son castigados por Dios a vagar por el desierto hasta morir: “no pudieron entrar a causa de su incredulidad (Hb 3,19); “sus cadáveres cayeron en el desierto” (Hb 3,18). Sólo la generación siguiente podrá entrar en la tierra prometida. El desierto es descrito no sólo como lugar de infidelidad, sino también como experiencia de purificación. Un espacio y un tiempo necesari-

²² En lenguaje paulino, *typos* puede ser traducido como imagen, figura (Rom 5,14), modelo (Rom 6,17; 1Tes 1,7) y ejemplo (Fil 3,17; 2Tes 3,9; 1Tim 4,12; Tit 2,7) (cf. S. GRASSO, *Prima lettera ai Corinzi*, Roma 2002, p. 111).

²³ Cf. A. VANHOYE, “Longue marche ou accès tout proche? Le conteste biblique de Hébreux 3,7-4,11”, *Biblica* 49 (1968) 9-26.

rios para que quede enterrada la rebelión y la infidelidad del pueblo y nazca una nueva generación digna de las promesas de Dios.

En el capítulo 7 de los Hechos de los Apóstoles, en el discurso de Esteban²⁴, el desierto es mencionado 5 veces. Se recuerda que en el desierto del Sinaí un ángel se le apareció a Moisés (v. 30), quien luego realizó prodigios y señales en el desierto durante cuarenta años (v. 36) y recibió la palabra divina en "la asamblea del desierto" (*ekklēsia en tē erēmō*²⁵) (v. 38); se afirma además, citando al profeta Amós (Am 5,25-27, LXX) que en el desierto, donde estaba presente en medio de los israelitas la Tienda del Testimonio o Tienda del encuentro (v. 44), el pueblo no ofreció al Señor víctimas ni sacrificios (v. 42)²⁶. En este texto el desierto es presentado como tiempo de revelación y de cercanía de Dios y de su poder salvador. La presencia divina en el desierto es descrita a partir de cinco rasgos: *invisible* (vv. 30-31: se aparece un ángel, se escucha una voz, pero Dios permanece invisible); *mediata* (Dios se hace presente a través de mediaciones: un ángel, la palabra divina, Moisés); *poderosa* (v. 36: Dios obra prodigios a través de Moisés) y *libre* (vv. 44-48: la tienda móvil del desierto es signo de un Dios a quien no se puede circunscribir a un espacio determinado).

En el evangelio de Juan se evoca la época del desierto para poner de relieve, en contraste con la experiencia vivida por Israel en el pasado, la incomparable grandeza de la salvación realizada en Cristo.

²⁴ Cf. S. LÉGASSE, *Stephanos. Histoire et discours d'Etienne dans les Actes des Apôtres*, LD 47, Paris 1992; A. MODA, "Una rottura che mette a fuoco un'identità forte. La pericope di Stefano (At 6,8-8,3)", *Parola Spirito e Vita* 47 (2003) 135-175.

²⁵ El término *ekklēsia* traduce en los LXX el hebreo *qahal* (asamblea) (cf. Dt 4,10; 9,10).

²⁶ Para Amós el tiempo del desierto es un período ideal en el cual el pueblo vive unido a YHWH sin necesidad de templo ni de culto. Lucas relee el texto profético transformando su sentido original, interpretando el período del éxodo como una época en la que no se ofrece a YHWH ningún culto porque el pueblo se ha entregado a la idolatría (cf. Ex 32) (cf. G. ROSSÉ, *Atti degli Apostoli. Commento esegetico e teologico*, Roma 1998, p. 316).

El cuarto evangelio recuerda el episodio de la serpiente levantada por Moisés en el desierto (Jn 3,14), afirmando que “así tiene que ser levantado el Hijo del hombre, para que todo el que crea tenga en él la vida eterna” (Jn 3,15). Para los israelitas mordidos por serpientes venenosas a causa de su rebeldía, ver la serpiente de bronce suponía, al mismo tiempo, una toma de conciencia del propio pecado y una apertura de fe a la salvación donada por Dios. El símbolo representaba juntamente la muerte y la vida. A través de la cruz de Jesús, Dios ofrece a la humanidad el don de su misma vida. Como los israelitas, que al mirar la serpiente de bronce que Moisés había colocado en un asta eran curados, también la humanidad entera podrá “curarse” del mal fundamental que la aleja de Dios, mirando con fe la cruz de Jesús (v. 14). La salvación está en el someterse a Dios, en el volver la mirada a Cristo crucificado, verdadero acto de fe que comunica la vida eterna.

En el capítulo 6 del evangelio de Juan se evoca el don del maná: “Nuestros padres comieron el maná en el desierto, según está escrito: “pan del cielo les dio a comer” (Jn 6,31). En el desierto Israel vivió una experiencia difícil pero esencial para su vida y su fe. Precisamente en el desierto, allí donde el obrar humano resulta inútil y estéril, descubrió que la vida depende de Dios y que hay que recibirla de él. Por eso el don del maná fue una experiencia fundamental de Israel, que luego fue reinterpretada continuamente en modo alegórico en la tradición judía, llegando a representar la palabra de Dios, la ley, la sabiduría, dones divinos que bajaban todos ellos del cielo²⁷. El evangelio de Juan hace notar el límite de la experiencia de Israel cuando Jesús afirma: “Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron” (Jn 6,49). Aquel alimento era ineficaz para comunicar una vida definitiva. Sólo el verdadero pan del cielo que es Jesús suprime para siempre la muerte en aquellos que de él se alimentan mientras atraviesan el desierto del mundo y de la historia: “Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre” (Jn 6,51).

²⁷ Cf. XAVIER LÉON-DUFOUR, *Lectura del evangelio de Juan*, Jn 5-12, vol. II, Salamanca 1992, 78-79; 108.

2.2 El desierto de Juan Bautista

Los evangelios sinópticos presentan la figura de Juan Bautista en relación con el desierto. Lucas concluye el ciclo narrativo del Bautista con una especie de sumario: "El niño crecía y su espíritu se fortalecía; vivió en los desiertos hasta el día de su manifestación a Israel" (Lc 1,80). Juan crece físicamente y madura espiritualmente, retirado, lejos del espacio ordinario de la convivencia humana. Vive en el desierto, en donde Israel se encontró con su Dios y caminó hacia la tierra prometida (Dt 8,2; Jer 2,2-3), allí donde Dios "habla al corazón" (Os 2,16) y puede preparar a su profeta para la misión, en un ámbito silencioso y aislado en el que otras voces no pueden interferir.

El evangelio de Lucas, en efecto, ubica en el desierto el evento decisivo que garantiza la legitimidad del ministerio del Bautista: "Fue dirigida la palabra de Dios a (*egéneto rēma theou epi*, literalmente: "aconteció la palabra sobre") Juan, hijo de Zacarías, en el desierto" (Lc 3,2)²⁸. La llamada de Dios llega al Bautista en un momento histórico determinado (Lc 3,1) y en un lugar muy concreto: el desierto. Inútil localizar con precisión. Mateo lo identifica con "el desierto de Judea" (Mt 3,1). Lucas prefiere acentuar el simbolismo teológico del desierto: es el lugar de la vocación, un espacio en donde los bienes de la creación no pueden seducir alejando de Dios, ni otras voces pueden interferir con la palabra divina²⁹.

Los cuatro evangelios son concordes en aplicar al ministerio de Juan la célebre frase del Deutero-Isaías: "Una voz grita: en el desierto preparad el camino de YHWH" (Is 40,3). En el texto profético de Isaías un heraldo proclama el regreso de los israelitas del exilio de Babilonia quienes, precedidos por YHWH, atravesarán el desierto que se ha vuelto transitable, como en una solemne procesión hasta la patria. En el texto hebreo, la frase "en el desierto" aparece en relación con el verbo "preparad". Se

²⁸ Lc 3,1-2 recuerda los relatos vocacionales de los profetas, especialmente el de Jeremías (Jer 1,1-4), consagrado él también como Juan desde el seno materno.

²⁹ A diferencia de Marcos y Mateo (Mc 1,4; Mt 3,1) Lucas distingue el lugar de la vocación del lugar de la predicación: Juan, después de haber recibido la palabra de Dios en el desierto, se dirige a la región del Jordán donde realiza su ministerio (Lc 3,3).

trata de allanar un camino en medio del desierto. Así interpretaban el texto en Qumrán para justificar la existencia de la comunidad en el desierto, donde preparaban la venida de Dios a través de la observancia perfecta de la ley³⁰.

En la tradición evangélica la frase de Isaías, citada según la traducción de los LXX, tiene un sentido distinto³¹: “Una voz grita en el desierto: preparad el camino del Señor” (Mc 1,3; Mt 3,3; Lc 3,4s)³². La voz, es decir, la predicación de Juan, proviene del desierto e invita a un camino de conversión delante de la inminente llegada del Mesías. La voz resuena desde el desierto pero tiene que alcanzar a toda la sociedad, exhortando a todos a un cambio radical de vida³³. Con la predicación de Juan desde el desierto, se inicia un nuevo éxodo, que será llevado a término por el Mesías y que no se circunscribe a un camino geográfico en medio de un territorio desértico, sino que se realiza través de un cambio ético, con el que se expresa la preparación a la realización de las promesas mediante la conversión y el perdón de los pecados³⁴.

La predicación de Juan es un llamado a Israel para que desde el desierto se disponga al éxodo definitivo. Resuena una voz que posee el “espíritu y el poder de Elías”, el antiguo profeta del

³⁰ Cf. IQS 8,13-15 (IQS = Regla de la Comunidad).

³¹ Los LXX presentan un texto que hace posible la aplicación del texto de Isaías al Bautista, ya que la frase “en el desierto” está relacionada con “la voz” que grita: “Una voz grita en el desierto: preparad el camino del Señor” (cf. J. GNILKA, *Marco*, Assisi 1987, p. 43; G. ROSSÉ, *Vangelo di Luca*. Commento esegetico e teologico, Roma 1995, p. 126).

³² Mientras que en los sinópticos esta cita se debe a un comentario del narrador (Mt 3,3; Mc 1,3; Lc 3,4-6), en el evangelio de Juan la pronuncia el propio Bautista, señalando su fuente (Jn 1,23). Sobre la traducción de Jn 1,23, cf. XAVIER LÉON-DUFOUR, *Lectura del evangelio de Juan*, vol. I, p. 126.

³³ La frase griega *en tē erēmō*, puede ser traducida: “desde el desierto”. Cuando la preposición griega *en* señala la localización de un sujeto que ejerce una actividad dirigida a un destinatario con localización diferente, tiene el doble sentido de localización (“en”) y de punto de partida de la actividad (“desde”). En los textos evangélicos es claro que Juan grita “en el desierto” y no “para el desierto”. Su voz tiene que llegar más allá del desierto (cf. J. MATEOS - F. CAMACHO, *El evangelio de Marcos*, p. 59).

³⁴ Cf. J. MATEOS - F. CAMACHO, *El evangelio de Marcos*, p. 65; S. GRASSO, *Vangelo di Marco*, Milano 2003, p. 42.

desierto, y que “prepara al Señor un pueblo bien dispuesto” (Lc 1,17). Seguir su voz es renovar la alianza (Ex 19-24; Os 2,16-25; Jer 31,2), es ponerse en el camino de la novedad de la salvación que Dios otorga (Is 43,19).

2.3 *El desierto de Jesús*

Los evangelios sinópticos relatan inmediatamente después del bautismo de Jesús en el Jordán la escena de las tentaciones en el desierto (Mc 1,12-13; Mt 4,1-11; Lc 4,1-13). Esta página evangélica es ante todo un documento teológico, que ha sido compuesto y transmitido, no para informar acerca de un episodio de la vida de Jesús, sino para mostrar el modo con que el Hijo de Dios comprendió su misión mesiánica. Los evangelistas quieren subrayar el *hecho* de la tentación, no el *modo*. El modo es presentado claramente en manera antropomórfica y constituye solamente el marco narrativo construido con elementos maravillosos, que no se deben interpretar literalmente³⁵. Los tres sinópticos ambientan la escena en el desierto y la ponen en relación más o menos directa con la acción del Espíritu³⁶.

En el evangelio de Marcos Jesús es literalmente “empujado” (*ekbállō*³⁷) al desierto por el Espíritu (Mc 1,12), que se manifiesta como una fuerza divina que interviene con autoridad, como lo hizo en la historia de Israel moviendo a algunos personajes para que realizaran acciones decisivas según el proyecto de Dios. Se quiere subrayar que la experiencia de Jesús en el desierto responde al impulso divino y entra en los planes de Dios³⁸. Marcos, a diferencia de Mateo, no dice explícitamente que Jesús haya ido al desierto para ser tentado. Es la ambienta-

³⁵ Cf. J. DUPONT, *Le tentazioni di Gesù nel deserto*, Studi Biblici 11, Brescia 1985, p. 45.

³⁶ Cf. G. ROSSÉ, “Battesimo e tentazioni di Gesù nella tradizione sinottica”, *Parola, Spirito e Vita* 38 (1999) 151-153.

³⁷ El verbo *ekbállō* es utilizado a menudo en el evangelio de Marcos en relación con la expulsión de los demonios u otras acciones violentas (Mc 1,34.39.43; 3,15.22; 6,13; 7,26; 9,18.28.38; 16,9.17).

³⁸ Cf. J. GNILKA, *Marco*, p. 61.

ción la que confiere significado a la escena: Jesús “permaneció en el desierto cuarenta días, siendo tentado por Satanás³⁹” (1,13a). Jesús vive el desierto como tiempo de prueba y de aceptación de la propia identidad y misión. Proclamado como Hijo por la voz del cielo y capacitado por el Espíritu que ha bajado sobre él (1,10-11), pasa por la prueba que dejará al descubierto su grado de adhesión personal y de fidelidad a la misión recibida de Dios.

Según el relato de Marcos, Jesús “estaba entre las fieras y los ángeles le servían” (1,13b)⁴⁰. Jesús es el Mesías que va al desierto y entra en contacto con los animales salvajes (Is 11,6-8; 65,25), pero permanece fiel a Dios, inaugurando un tiempo de armonía cósmica y anticipando el tiempo escatológico. Aunque Marcos no explicita el contenido de la tentación, podemos deducir, a partir del ministerio de Jesús, que tuvo que ver con su misión mesiánica: Jesús no se dejó seducir por un mesianismo temporal conforme al deseo de los hombres, sino que permaneció fiel al proyecto de Dios (cf. Mc 8,33; 10,2; 12,15).

En el evangelio de Mateo Jesús es “llevado (*anágō*) por el Espíritu al desierto para ser tentado (*peirázō*) por el diablo” (Mt 4,1). El verbo de movimiento se ha atenuado respecto a la redacción de Marcos, pero es siempre el Espíritu quien tiene la

³⁹ El tentador, el diablo o satanás, aparece en la tradición bíblica tardíamente (Compárese 2Sam 24,1 con 1Cron 21,2; Gen 22,1 con *Jubileos* 17,16; 23,12; Ex 4,24 con *Jubileos* 48,3).

⁴⁰ En la tradición judía Adán era representado rodeado de fieras, que después de la trasgresión se vuelven contra él (*Apocalipsis de Moisés*, 24; *Testamento de Neftalí* 8,4). En conformidad con una idea presente en el judaísmo de la época, según la cual al final las cosas llegarían a ser como al inicio, Jesús es el nuevo Adán que hace posible el período del paraíso (cf. J. GNILKA, *Marco*, p. 63; P. TENA MONTERO, “Los relatos sinópticos de la tentación de Jesús. Redacción y teología”, *Estudios Bíblicos* 49 (1991) 296; X. PIKAZA, *Vangelo di Marco*, Roma 1996, pp. 42-47; S. GRASSO, *Vangelo di Marco*, p. 51). Con Jesús se restaura la paz originaria que existía entre la creación y su creador. La confirmación de esta comunión entre el cielo y la tierra es la presencia de los ángeles que lo sirven. La descripción recuerda la escena de Adán que, en la literatura judía, antes de sucumbir a la tentación es servido por los ángeles (*Vida de Adán y Eva* 4,2; 13,1-14,2) (cf. S. GRASSO, *Vangelo di Marco*, p. 51).

iniciativa de conducir al desierto. Jesús va guiado por el Espíritu que ha bajado sobre él en ocasión del bautismo, como Israel fue guiado por el Espíritu del Señor según Is 63,14. Para Mateo evidentemente Jesús encarna y revive en su propia persona la experiencia de Israel, a quien Dios “llevó (LXX: *anágo*) por cuarenta años en el desierto para ponerlo a prueba (LXX: *ekpeirázō*)”⁴¹. En el desierto Jesús ayuna durante “cuarenta días y cuarenta noches”, como Moisés, que pasó con el Señor en el monte Sinaí “cuarenta días y cuarenta noches sin comer pan ni beber agua” (Ex 34,28; Dt 9,9.18; cf. 1Re 19,8).

Las tres tentaciones de Jesús en el evangelio de Mateo evocan momentos decisivos del camino de Israel en el desierto, pero la diferencia es radical: allí donde Israel no fue capaz de vivir en relación filial con Dios, Jesús confirma su condición de Hijo único de Dios a través de una relación de absoluta fidelidad frente a Dios (Mt 4,3-11)⁴². En el desierto Jesús vive totalmente de la Palabra y del Espíritu⁴³. Desde la perspectiva de Mateo, el Espíritu no solamente conduce al desierto a Jesús, sino que también es la fuerza divina con la cual Jesús supera la prueba y es totalmente fiel a la palabra de Dios. Demuestra así ser el elegido de Dios en cuya humanidad se revela la naturaleza de su filiación divina.

En el evangelio de Lucas, Jesús, “lleno del Espíritu Santo”, “era conducido (*agō*) por el Espíritu en el desierto” (Lc 4,1). No se describe a Jesús mientras va al desierto, sino caminando en medio del desierto “lleno del Espíritu Santo”. Durante cuarenta días fue “tentado por el diablo” y “no comió nada en aquellos días” (Lc 4,2). Jesús vive una doble experiencia: la experiencia de la tentación, delante de la cual permanece firme, y la experiencia de la plenitud divina, de la que se nutre totalmente⁴⁴. Como “hijo de Adán” (Lc 3,38b) advierte la dificultad y la serie-

⁴¹ En el texto evangélico el agente de la tentación-prueba no es Dios sino el diablo, conforme a la evolución de las concepciones bíblicas y judías después del exilio.

⁴² Cf. R. FABRIS, *Matteo*. Roma 1982, p. 90.

⁴³ Cf. H. FRANKEMÖLLE, *Matthäus*, Dusseldorf 1994, p. 190.

⁴⁴ Cf. G. ROSSÉ, “Battesimo e tentazioni”, p. 152.

dad del momento de la prueba en su relación con Dios; como "Hijo de Dios" (Lc 3,22) vive, lleno del Espíritu, la plenitud de la intimidad divina. Superando la tentación, demuestra que solamente en él el destino del hombre alcanza su plenitud.

Los evangelios hacen referencia también a cortas permanencias de Jesús en "lugares desérticos". En tal escenario son colocados, por ejemplo, los relatos sinópticos de la multiplicación de los panes (Mc 6,35; 8,4; Mt 14,13.15; 15,33; Lc 9,12). Según el evangelio de Marcos Jesús se ve obligado a quedarse fuera de los centros urbanos, en lugares desérticos o solitarios (*erēmoi tópoi*), para evitar una euforia desmedida en relación con su persona y, por tanto, una interpretación desviada de su misión (Mc 1,45). En una ocasión, después que los discípulos han vuelto de la misión a la que Jesús los había enviado, él mismo los invita a ir a un lugar desierto (*érēmos tópos*) para descansar un poco (Mc 6,31-32; cf. Mt 14,13; Lc 9,10). De este modo se realiza el segundo objetivo para el cual Jesús había formado el grupo de los doce: "para que estuvieran con él" (Mc 3,14)⁴⁵. Jesús convoca a los suyos en un lugar de quietud y de descanso para afianzar con ellos los vínculos de afecto y de amistad⁴⁶.

Pero Jesús se retiraba frecuentemente al desierto sobre todo con un objetivo muy concreto, como afirma claramente Lucas: "Jesús se retiraba a lugares desérticos (*erēmoi*) y oraba (Lc 5,16)⁴⁷. La construcción gramatical de la frase pone de manifiesto que iba frecuentemente al desierto para orar⁴⁸. Jesús va a lugares silenciosos y solitarios para encontrarse personalmente con Dios en la oración. En el evangelio de Marcos, al día siguiente de la larga y cansada jornada en Cafarnaún (Mc 1,21-34), Jesús "se levantó de madrugada, cuando todavía estaba muy

⁴⁵ Cf. S. GRASSO, *Vangelo di Marco*, p. 186.

⁴⁶ Cf. E. BOSETTI, *Marco. Il rischio di credere*, Bologna 2000, pp. 108-109

⁴⁷ Cf. L.D. CHRUPCALA, "La prassi orante di Gesù nella catechesi lucana", *Liber Annuus* 49 (1999) 107-110.

⁴⁸ Los dos verbos de la frase (*hypōchoréō*, retirarse, y *proséuchomai*, orar) son dos participios presentes coordinados en una conjugación perifrástica (*ēn hypochōrōn kai proseuchómenos*)

oscuro, salió y fue a un lugar desértico (*erēmos tópos*) a orar" (Mc 1,35; cf. Lc 4,42). Jesús sale de casa hacia un lugar solitario para encontrar al "Tú" que da sentido a su existencia, se aparta para crear un ambiente propicio de comunión con el Padre⁴⁹. Jesús se retira antes de iniciar la jornada para hacer oración y descubrir en ella y a través de ella el sentido y la orientación de su misión. La gente pretende acapararlo en Cafarnaún (Mc 1,37), pero él, después de haber orado, afirma que debe ir a otros muchos sitios para anunciar el reino pues esa es su misión (Mc 1,38). En la soledad de la oración, estando a solas delante de Dios, ha tomado su decisión. Para Jesús, orar es comprender la voluntad del Padre y vivir según esta voluntad de frente a las exigencias y urgencias ambiguas que vienen de fuera⁵⁰.

2.4 *El desierto de la Iglesia*

El libro del Apocalipsis presenta el misterio y la misión de la Iglesia a través del conocido símbolo bíblico de la mujer-pueblo de Dios (Ap 12,1-17)⁵¹. La comunidad eclesial es descrita a partir de su dimensión trascendente-escatológica y de su misión histórica amenazada por las fuerzas antagónicas al Reino de Dios. La mujer vestida de sol y a punto de dar a luz se identifica con la hija de Sión, que en su etapa final es la esposa del Cordero, la Jerusalén del cielo, mientras en su etapa terrestre, expuesta a los ataques del mal, sufre los dolores del parto en un continuo esfuerzo por engendrar a Cristo en la historia (Ap 12,1-5).

⁴⁹ Cf. E. BOSETTI, *Marco*, p. 69.

⁵⁰ Cf. R. FABRIS, *La preghiera nella Bibbia*, Roma 1985, 137-140.

⁵¹ P. PRIGENT, *Apocalypse 12*. Histoire de l'exégèse, Tübingen 1959; X. PIKAZA, "Apocalipsis XII: el nacimiento pascual del Salvador", *Salmanticensis* 23 (1976) 217-256; U. VANNI, "La decodificazione 'del grande segno' di Apocalisse 12,1-6", *Marianum* 40 (1978) 121-152; *L'Apocalisse*. Ermeneutica, esegesi, teologia, Supplementi alla Rivista Biblica 17, Bologna 1988, pp. 249-251; T. VETRALI, "La donna nell'Apocalisse", *Parola, Spirito e Vita* 6 (1986) 162-170.

El fruto del parto doloroso de la Iglesia está seguro junto a Dios, pues “su hijo fue arrebatado hasta Dios y hasta su trono” (v. 5). Ninguna fuerza humana o diabólica podrá dañarlo o destruirlo. Mientras tanto, “la mujer huyó al desierto, donde tiene un lugar preparado por Dios para ser allí alimentada mil doscientos sesenta días” (v. 6); “se le dieron a la mujer las dos alas del águila grande para volar al desierto, a su lugar, lejos del Dragón, donde tiene que ser alimentada un tiempo y tiempos y medio tiempo” (v. 14). La mujer-iglesia va al desierto a un lugar preparado por Dios. No se trata de un refugio ocasional o momentáneo, sino de una situación normal para su vida, es “su lugar” (v. 14). El desierto es el lugar apropiado de la mujer-pueblo de Dios, un lugar que Dios mismo ha preparado y que significa refugio, protección, purificación, prueba, amor en la dificultad y en la persecución.

La mujer-pueblo de Dios está llamada a vivir en el desierto la experiencia de la salvación, expuesta a los ataques del mal (vv. 13ss), pero protegida y nutrida por Dios (vv. 6.14), como en el pasado el pueblo de Israel (Ex 16) y el profeta Elías (1Re 17,1-7; 19,5-8) en el desierto. No le faltará el sustento necesario para su vida de pueblo de Dios. Como el pueblo de Israel que tuvo que caminar por el desierto antes de entrar en la tierra prometida, también la Iglesia debe vivir su experiencia de amor y de fidelidad a Dios en el desierto de la historia, antes de ser revestida de la gloria de la mujer “vestida de sol” y “esposa del Cordero”.

La expresión “mil doscientos sesenta días” (la mitad de tres años) (v. 6), y el tiempo breve del v. 14 indican que el período del desierto es limitado. Es el mismo tiempo con el que se designa el período de la actividad profética de los dos testigos (Ap 11,2.3), símbolo de la misión profética de la iglesia.

3. CONCLUSIÓN

La concepción neotestamentaria del desierto no es distinta de la que encontramos en el Antiguo Testamento. Sigue siendo un lugar enigmático y paradójico, lleno de peligros (2 Cor 11,26) en cuyas soledades habitan los demonios (Lc 8,29; cf. Mt 12,43), pero también es el lugar en donde misteriosamente se revela la palabra de Dios a Juan Bautista (Lc 3,2) y en donde Jesús vence

las insidias del Maligno antes de iniciar su ministerio (Mt 4,1; Lc 4,1; Mc 1,12-13). Es un lugar deshabitado, silencioso como el *sheol*, el lugar de los muertos (cf. Sal 94 17; 115,17-18), pero justamente por ello es el ámbito en el que ninguna criatura ni ninguna voz puede estorbar el encuentro con Dios (Mc 1,35; Lc 5,16), ni interferir para que sea plenamente escuchada y proclamada la palabra divina (Lc 1,80; 3,2).

El desierto es una experiencia necesaria para la fe. En él se ejercita la fe en modo excepcional al descubrir y experimentar que lo único esencial y vivificante para la existencia es vivir una relación de gratuidad y fidelidad amorosa con el Señor, pues “no sólo de pan vive el hombre” (Dt 8,3; Mt 4,4; Lc 4,4). En el desierto se revela lo más profundo y más auténtico del hombre. El desierto es tiempo de prueba y de decisión. En el camino de la fe el creyente necesariamente pasa por el desierto de la prueba, pues tarde o temprano experimenta la alteridad radical de Dios y se ve delante de caminos y criterios completamente distintos de los suyos. Para Jesús mismo el desierto fue la ocasión necesaria para vivir y demostrar su realidad de Hijo de Dios como hombre auténtico, que no intentó huir ni de su condición humana ni de los planes divinos.

Al desierto no se va por propia iniciativa. Ir por propia iniciativa es exponerse a la muerte (Gen 21,14-16; 1Re 19,4). Es el Espíritu quien nos conduce al desierto, como condujo a Jesús, para que a través de la superación de la tentación se manifestara la obediencia del Hijo de Dios a la voluntad del Padre (Mt 4,1). Sólo el Espíritu nos puede hacer caminar en el desierto (Lc 4,1), en medio del hambre y de la tentación. Sólo el Espíritu puede hacer que en el lugar terrible y mortal del desierto, se manifieste el amor eterno y vivificante del Señor, pues “cuando el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos, habita en nosotros, Aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos da también la vida a nuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en nosotros” (Rom 8,11).